

RESUMEN / ABSTRACT

Este artículo se propone presentar, en base al análisis de fuentes periodísticas, el brusco cambio en el clima de ideas que se produce en Argentina a partir de la decadencia de la dictadura de Juan Carlos Onganía, luego de la insurrección popular que estalló en Córdoba en 1969 ("Cordobazo"). Estos sucesos y el acceso al poder de gobiernos de izquierda militares (en Perú y en Bolivia) o civiles (en Chile) parecían augurar un avance irresistible de estas ideas en América Latina. El trabajo centra su atención en los partidos políticos argentinos en relación a un doble problema: sus posicionamientos ante las posibilidades de salida política que proponen las distintas facciones militares y la influencia que el nuevo clima de ideas ejerce sobre sus ideas y argumentaciones tradicionales.

This article propose to present, based on periodistical font's analysis, the change on the ideas that were taking place on Argentina since the decadence of the Juan Carlos Onganía's dictatorship, after the popular insurrection in Cordoba in 1969 («Cordobazo»). This situation and the access to power of left through military governments (in Peru and Bolivia) or civil ones (in Chile) seemed to predict an irresistible advance of this ideas in Latin America. This work centers its attention on the argentinian political parties with a double problem: its positioning before the possible politic exits that were propossed by different military factions and the influence that the new ideas situation had over its traditionalarguments.

KEY WORDS: POLITICS • MILITARY GOVERNMENT • CHANGE OF IDEAS • LEFT TENDENCY • ELECTORAL EXIT

Recepción: 31/06/04 • Aceptación: 24/08/05

La izquierdización de los moderados. Partidos políticos tradicionales entre 1970 y comienzos de 1971 en Argentina

GONZALO DE AMÉZOLA*

Universidad Nacional de La Plata/Universidad Nacional del General Sarmiento-Argentina

INTRODUCCIÓN: LA DECADENCIA DE LA *REVOLUCIÓN ARGENTINA*

La coyuntura que abarca la segunda mitad de 1970 y la primera de 1971 es un periodo extremadamente breve, pero que puede considerarse significativo en la historia reciente de Argentina, si se admite la relevancia de dos acontecimientos que se producen en ese lapso. El primero de ellos, fue la formulación del Plan de Desarrollo de Aldo Ferrer en 1970 quien, a pesar de su efímero mandato como ministro, estableció las bases de un modelo económico que continuará vigente, con algunas variantes, hasta finales de 1975. El segundo es que, luego de más de quince años, el gobierno militar se vio obligado, en 1971, a terminar con la proscripción política del peronismo, decisión que —contra-

PALABRAS CLAVE

•

POLÍTICOS

•

GOBIERNO MILITAR

•

CLIMA DE IDEAS

•

IZQUIERDIZACIÓN

•

SALIDA ELECTORAL

• • • • •

* gamezola@ungs.edu.ar, gonzalodeamezola@speedy.com.ar

riamente a la voluntad de los militares— resultó en el regreso de Juan Domingo Perón al poder.

El autogolpe militar que termina con el gobierno del general Juan Carlos Onganía en 1970, es una muestra de la crisis que se había desatado desde el año anterior dentro de las Fuerzas Armadas. A partir de ese momento, era fácil predecir el regreso de los políticos al gobierno como había ocurrido cada vez que los militares fracasaban, pero esa certidumbre se diluía cuando se trataba de arriesgar cómo se produciría y el tiempo que llevaría la vuelta a las instituciones. Los políticos tradicionales, que de hecho habían aceptado en los años de apogeo de la Revolución argentina la despectiva caracterización que desde el poder se hacía de ellos,¹ se preparan para retornar a la acción en un escenario muy distinto al que habían dejado cuatro años antes, cuando había sido derrocado el doctor Arturo U. Illia.

En primer lugar, desde el Cordobazo (“un poderoso estimulante de las tendencias latentes que encontraron expresión en la década de 1970”)² Argentina se había convertido en un país donde el descontento social se traducía con frecuencia en verdaderas insurrecciones urbanas. Otros dos fenómenos acompañan este clima. Por una parte, el sindicalismo clasista —que tenía una gran influencia principalmente en Córdoba pero también en otras ciudades importantes del interior— cuestiona a la burocracia sindical y se pone a la cabeza de la protesta social. Por la otra, los movimientos guerrilleros —algunos marxistas como Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), otros de la izquierda peronista como Montoneros y Fuerzas Armadas Peronistas (FAP)— producen un extraordinario impacto en la opinión pública, especialmente con el secuestro y muerte del general Pedro Eugenio Aramburu.³ Un triunfo del socialismo e, incluso, de una revolución *a la cubana*



1 “La mayor parte de los partidos pareció hacer suya la definición poco gloriosa que el régimen hacía de ellos y, sin grandes protestas ante la determinación de prohibir su existencia y confiscar sus bienes, entraron en estado de reposo”. Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943–1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001, p. 82.

2 James P. Brennan, *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955–1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, p. 213.

3 Pedro Eugenio Aramburu fue uno de los militares responsables del golpe de Estado que derrocó a Juan Perón en 1955. Como presidente de la Nación fue el responsable de la desaparición del cadáver de Eva Perón y de la ejecución de los militares y civiles

La izquierdización de los moderados...

empieza a ser considerado posible por una parte de la opinión pública. Un fenómeno totalmente novedoso se perfila al tomar cuerpo un *ciclo de protesta* cuyos protagonistas serán nuevos actores políticos: las agrupaciones armadas y el sindicalismo clasista, pero también estudiantes, intelectuales y sacerdotes progresistas que apoyaban a una u otra alternativa. La diversidad y complejidad de esa situación es sintetizada por Mónica Gordillo de esta forma:

La conformación de este movimiento implicó la utilización tanto de vehículos formales (las organizaciones ya constituidas) como informales, redes sociales nuevas y recursos provenientes de diferentes fuentes y aliados. Pero lo que lo hizo posible fue el enmarcar culturalmente la posibilidad de la acción, es decir, se construyeron socialmente los tres componentes básicos para la acción colectiva: la percepción de injusticia, el convencimiento de que era posible revertir esa situación a través de la acción y la construcción de una fuerte identidad, un 'nosotros' capaz de promover cambios.⁴

De manera complementaria, la situación en los países vecinos ponía de manifiesto el avance de la izquierda. A principios de octubre de 1968 un golpe de Estado en Perú instala en el gobierno al general Juan Velasco Alvarado, que encabeza una revolución nacionalista de matices socializantes.⁵ Esta experiencia produjo un gran impacto en los civiles y los uniformados argentinos, que interpretaron de manera diversa los lineamientos del nuevo gobierno peruano.

• • • • •

que participaron en la rebelión que en 1956 intentó reponer a Perón en el poder. En 1970, cuando abogaba por una democratización del régimen, fue secuestrado por la organización Montoneros, que hace su aparición pública con esta acción.

4 Mónica B. Gordillo, "Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973", en Daniel James (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 357.

5 A diferencia de otros colegios militares de América Latina, en el Centro de Altos Estudios Militares de Perú, los oficiales tenían en sus programas bibliografía como los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de José Carlos Mariátegui (México, Era, 1979) y la *Teoría del Estado capitalista* de Paul Sweezy. Además, otra diferencia ideológica perceptible era que este Centro publicaba textos contrarios al liberalismo y favorables a la Revolución cubana. Un ejemplo de esto último es la obra del peruano Víctor Villanueva, *El CAEM y la revolución de la Fuerza armada*, (Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Campodónico). Allí, el autor afirma que: "Esta nación hermana (Cuba) [...] constituye un ejemplo históricamente eficaz que varias naciones iberoamericanas, urgidas por la miseria y la injusticia, desean seguir". Cfr., Prudencio García, *El drama de la autonomía militar*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 46.

Por otra parte, el auge de la guerrilla urbana en Brasil y Uruguay hace pensar que la insurrección armada local no sería un fenómeno efímero, sino que nuestra sociedad debería convivir largo tiempo con esta manifestación antes de que pudiera derrotársele y que, esa eventual derrota (si es que podía lograrse, ya que la acción de las organizaciones armadas era cada vez más audaz y de mayor escala), no se produciría mediante un simple expediente policial, sino que sería el resultado de una represión que excediera ese marco, o bien, de medidas políticas que licuaran el peligro que afectaba el orden establecido; podían ser también ambas cosas a la vez.

En la segunda mitad de 1970, otras dos experiencias ocupan la atención de la opinión pública y de la clase política. Las elecciones generales que se realizan en Chile a principios de septiembre dan como resultado el triunfo del candidato de la Unidad Popular: Salvador Allende. Así, un inédito tránsito al socialismo por la vía constitucional comienza del otro lado de la cordillera. Esto auguraba un destino parecido a otras coaliciones de izquierda ya existentes (como el Frente Amplio de Uruguay) o que pudieran concretarse en el futuro. Por otra parte, el 9 de octubre asume la presidencia en Bolivia el general Juan José Torres, quien declara que su país forma parte del tercer mundo revolucionario.⁶ La experiencia peruana dejaba de ser un caso aislado.

Estas condiciones afectaron el pensamiento político de los militares. En la coyuntura, dos posiciones se perfilan dentro del gobierno de las Fuerzas Armadas. Por una parte el general Roberto M. Levingston, presidente designado para que actuara como simple vocero del general Agustín Lanusse, intenta, de octubre de 1970 a marzo de 1971, llevar adelante un proyecto propio que consistía en implementar un plan de desarrollo económico que fuera exitoso y permitiera una salida electoral en la que triunfara un movimiento político afín a las ideas de la Revolución argentina. Sin embargo, esa propuesta tenía el obstáculo de requerir, al menos, un plazo de cinco años hasta que el plan del ministro Ferrer rindiera frutos perceptibles para la ciudadanía. Por otro lado, el general Lanusse, comandante del Ejército, estaba seguro de que el tiempo jugaba en

• • • • •

⁶ El general Juan José Torres intenta instaurar un régimen populista y favorecedor de los sectores más bajos de la sociedad boliviana entre 1970 y 1971. En este último año, es derrocado por un golpe derechista dirigido por el coronel Hugo Banzer Suárez.

contra de los uniformados y que era preciso conseguir una salida electoral pronta y razonable con la incorporación de los sectores moderados del peronismo (aunque no de los sectores de la izquierda extrema que habían comenzado a superpoblarlo ni de Perón mismo) y que contara con la tutela de las Fuerzas Armadas, antes de que su desgaste se hiciera insoportable.

Estas divergencias se proyectaban sobre los *partidos políticos tradicionales*. Con este término, me referiré a las asociaciones de diversos intereses e ideologías que coinciden en la convicción de participar en elecciones para lograr representantes en los poderes del Estado. Esta concepción de gobernar, a través de una democracia representativa, se había debilitado por la proscripción del peronismo desde 1955 y las operaciones de descrédito con las que desde 1966 el gobierno militar había intentado liquidar a los partidos. Ese debilitamiento se agudizaba con el auge de los recientes protagonistas de la escena política que los relegaba a un segundo plano.

En la nueva situación, las dos facciones militares comienzan a realizar diversos juegos de seducción hacia los líderes partidarios. A partir de entonces, los políticos evalúan qué apuesta resultará ganadora en el futuro próximo y barajan sus cartas para la partida que presentían cercana y que tendría como premio la posibilidad de volver a gobernar. En estas condiciones intentarán articular un discurso público que refleje el nuevo estado de cosas, exhibiendo en sus propuestas un desplazamiento retórico hacia la izquierda ideológica, lo que constituía un hecho inédito. Si a finales de la década de 1960, Alain Rouquié observaba con asombro cómo en Argentina el fascismo era considerado como una tendencia legítima, natural y aceptable; mientras que el término *izquierda* estaba “marcado a fuego por lo pecaminoso de las afiliaciones inconfesables e incluso criminales”,⁷ las cosas parecían haberse invertido abruptamente en esta coyuntura. Quienes aspiran a suceder en el poder al gobierno militar, tratan de comprender e interpretar el nuevo clima de ideas para expresarlo, cada cual a su manera, en sus declaraciones. En ellas, aparecen imbricados o yuxtapuestos con sus banderas tradicionales y en una síntesis ecléctica, temas característicos de la izquierda que hasta poco antes no los preocupaban o a los que se les reservaba un lugar marginal en sus propuestas: control de los medios de

• • • • •

⁷ Alain Rouquié, *Autoritarismos y democracia. Estudios de política argentina*, Buenos Aires, Edicial, 1994, p. 8.

producción, planificación de la economía, satisfacción de las necesidades básicas de los sectores populares; voluntad de sacudirse el condicionamiento de las potencias imperialistas; necesidad perentoria del acceso de las mayorías al poder político, sin que esto implicara necesariamente el respeto de las formas de la democracia liberal e incluso admitiendo, en algunos casos, la vía revolucionaria para conseguir tales propósitos.

En este artículo intento presentar el ambiente de incertidumbre y búsqueda en los sectores políticos tradicionales, un acto casi no atendido en un lapso que tampoco ha sido muy estudiado, durante el cual los políticos jugaron un papel secundario pero decisivo en la puja que terminará con el acceso del peronismo al gobierno en 1973.

Para reconstruir los acontecimientos de esta coyuntura, se recurrió a fuentes periodísticas: los semanarios *Análisis*, *Primera Plana*, *Confirmado* y *Panorama*. Un fenómeno propio del mercado editorial argentino, desde principios de la década de 1960 hasta principios de la de 1970, fue la existencia de estas publicaciones que —inspiradas en los modelos de las revistas estadounidenses *Time* y *Newsweek*— tuvieron una gran influencia en la opinión de los sectores de la clase media profesional y en representantes de los factores de poder. *Primera Plana* fue fundada en 1962 por Jacobo Timerman, quien la vendió en 1964. Bajo la dirección de Victorio Dalle Nogare continuó siendo la revista de actualidad más influyente hasta su clausura por Onganía en 1969. *Confirmado* se creó también por Timerman luego de la venta de la anterior y tuvo un éxito moderado. Estas dos publicaciones foguearon el golpe de Estado contra el presidente Arturo Illia en 1966. *Análisis* era un semanario controlado por el político conservador Julio Cueto Rúa y, aunque su tiraje era menor, ejercía influencia en las opiniones de los hombres de negocios. *Análisis* y *Confirmado* se fusionaron a principios de la década de 1970. *Panorama* pertenecía a una gran editorial y apareció primero con una frecuencia mensual, hasta que luego tomó las características de las otras publicaciones. Su mayor influencia fue a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, cuando, luego de la clausura de *Primera Plana*, recogió en su *staff* a destacados periodistas de esa publicación.

A partir de 1971, el auge de los semanarios comenzó a decaer con la aparición del diario *La Opinión* en 1971, un periódico en el que Jacobo Timerman adaptaba el modelo de *Le Monde* al mercado editorial argentino.

EL REGRESO DE LA POLÍTICA

El general Levingston no estaba urgido por el regreso de la actividad política y mucho menos por el retorno de los políticos. El presidente menospreciaba la vieja clase política⁸ y necesitaba tiempo para que se pudiera formar un movimiento favorable al ideario de la Revolución argentina cuando el plan de Ferrer diera resultados. Sin embargo, el desplazamiento de Onganía y la posibilidad de que los militares volvieran a los cuarteles abrió inevitablemente el juego.

Una muestra del comienzo del debate y de la aún confusa búsqueda de espacios, puede registrarse de fines de septiembre a finales de noviembre de 1970, cuando viejas banderas se intentaban presentar bajo un formato adaptado a las nuevas circunstancias.

Por una parte, el general Eduardo J. Uriburu presenta un libro titulado *Plan Europa, un intento de liberación nacional*, bajo el patrocinio del estanciero ultranacionalista-peronista Tomás Manuel de Anchorena. Uriburu, un amigo personal de Onganía y Jefe de Logística del Comando en Jefe del Ejército durante su gobierno, había promovido la producción de armamentos en asociación con empresas francesas que permitiera superar las limitaciones que imponía a su venta el gobierno estadounidense. A este proyecto de 1968 se le llamó *Plan Europa*. En el libro, Uriburu mantenía esa propuesta pero iba más allá y pregona un nuevo orden para transformar al país en una potencia, reclamaba un régimen de partido único al que denominaba *Segunda República* y pretendía filiar su propuesta con la revolución peruana. Simultáneamente, el ingeniero Álvaro Alsogaray decidía ampliar su auditorio habitual del Instituto de Economía Social de Mercado y anunciaba una serie de conferencias televisivas para hacer oír su empeño en adoptar una política económica liberal que no era otra —según su interpretación— que la que había llevado adelante Ludwig Erhard en Alemania. En su versión del liberalismo del *milagro alemán*, subrayaba que el Estado no era dirigista aunque imponía un marco para la acción de las fuerzas del mercado, cuyo resultado había sido asegurar el bienestar de la mayoría de la población. En lo político, reconocía la validez de la disolución de los

• • • • •

8 Muchos años después, el general Levingston aseguraba todavía que “veía a los partidos políticos en manos de los viejos dirigentes, quienes habían sido incapaces de manejar la política”. Hugo V. Simon, *Radicales y militares. 1955–1983*, Buenos Aires, Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, 1997, p. 173, nota 198. Entrevista realizada en 1994.

partidos e instaba a debatir los problemas (*presentes y futuros*), presentándose como la única solución.⁹ Para Alsogaray, el liberalismo no había estado involucrado en la Revolución argentina: “Hace cuatro años que se practica una política inflacionaria, dirigista y desarrollista bajo rótulo liberal y de estabilidad. Esto crea la confusión que aprovechan los marxistas”, afirmaba en un reportaje.¹⁰

Por su lado, Héctor Sandler, secretario general de Unión del Pueblo Argentino (UDELPA, el partido político creado por el general Aramburu), convocaba a la constitución de “un movimiento nacional que —elecciones mediante— institucionalizara al país, para que el propio pueblo logre el desarrollo mediante la justicia social”. Sandler, además, tomaba distancia del antiperonismo ultramontano que el asesinato de Aramburu había reavivado en antiguos partidarios de la “Revolución Libertadora”, y reclamaba “la sustitución del modelo económico capitalista monopólico por un sistema económico social”.¹¹

La reticencia de Levingston hacia los políticos, lo lleva a consultar a algunos cenáculos con el propósito de reclutar en ellos aspirantes a integrar el movimiento favorable a la Revolución argentina. Intentaba de esa forma independizarse especialmente de los viejos líderes radicales y peronistas, a la vez de promover lo que el gobierno llamaba *la generación intermedia*. En esta categoría agrupaba a dirigentes entre los 30 y 40 años de edad que el presidente consideraba postergados en el liderazgo efectivo y que eran capaces de promover un movimiento acorde con las transformaciones que buscaba impulsar.

El 28 de septiembre, el secretario del Interior, Gilardi Novaro, se reunió con representantes de los Equipos Nacionales para el Cambio, una corriente formada en 1968. Entre quienes concurrieron, el que tendría luego una actuación política más notoria fue Néstor Vicente.¹² El tono de la respuesta de los visitan-

• • • • •

⁹ Cfr., *Análisis*, 6/X/70, p. 12.

¹⁰ *Panorama*, 3/XI/70, p. 12.

¹¹ *Análisis*, 6/X/70, pp. 12 y 13.

¹² Néstor Vicente militó posteriormente en el Partido Demócrata Cristiano y fue concejal de la ciudad de Buenos Aires por ese partido cuando se restableció la democracia en 1983. Luego pasó por otras agrupaciones de izquierda, llegó a ser candidato a la presidencia por la Izquierda Unida en 1989. Años después, fue funcionario del gobierno de la ciudad de Buenos Aires encabezado por Aníbal Ibarra.

tes fue desconcertante para el gobierno, ya que entregaron un memorando donde se decía que “el actual equipo gobernante no es revolucionario” y se indicaba lo irreversible del proceso que “llevará a corto o largo plazo a la realización de un proyecto nacional con sentido popular que el país urge y para cuya realización es indispensable la presencia de objetivos claros y equipos coherentes”. También afirmaban que, si las Fuerzas Armadas hacían abandono *teórico* del gobierno, “sin hacer con el pueblo la revolución pendiente no es justificable haber desplazado por la fuerza al gobierno constitucional”. Proponían que el pueblo, “junto a sectores militares realmente interesados en una revolución profunda”, concretara los cambios “que el país espera”.¹³

El 2 de octubre recorrieron el mismo camino los Equipos Generacionales Argentina 70, una agrupación de similares características a la anterior, que realizaba conferencias y mesas redondas con políticos. Encabezados por Pablo Bergel y Osvaldo Furman, reclamaron también una profundización de la revolución que precediera a un llamado a elecciones.

El resultado de las acciones directas del gobierno para organizar un partido oficialista no parecía superar estos modestos contactos y no congregaba más que a figuras de un prestigio módico, de las cuales, los exgobernadores desarrollistas Silvestre Begnis y Celestino Gelsi eran los nombres más destacados.

ALLENDE Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA: POR UN PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN

Aunque el panorama no resultaba demasiado alentador en ese sentido, por el camino de la confluencia parecía más probable que Levingston lograra algún apoyo más significativo. El más destacado de los políticos acuerdistas era Oscar Alende,¹⁴ quien reivindicaba el vago antiimperialismo del flamante presidente, especialmente en los lineamientos económicos de Ferrer, quien había sido ministro de Economía cuando Alende gobernó la Provincia de Buenos Aires.

• • • • •

¹³ Análisis, 6/X/70, pp. 12 y 13.

¹⁴ Oscar Alende era un líder de la Unión Cívica Radical Intransigente de la Provincia de Buenos Aires. En 1958 —en la misma elección en que Arturo Frondizi ganó la presidencia para el mismo partido—, fue elegido gobernador de la Provincia de Buenos Aires, donde realizó una gestión que le dio un gran prestigio.

A pesar de que a la vista de todos era el principal candidato para la formación de un partido favorable a la Revolución argentina, Alende se resistía a admitirlo y lo presentaba de otra forma: se decía escéptico ante el rumbo del gobierno militar, y proclamaba mantener esperanzas en que las Fuerzas Armadas protagonizaran una revolución nacionalista. A partir de una reunión en Córdoba, rearmó parte de su antiguo Estado mayor con la adhesión del exdiputado nacional Ataúlfo Pérez Aznar y la de Felipe Díaz O’Kelly, quien había sido ministro de Gobierno. Comienza, entonces, una recorrida por el interior buscando realinear a sus partidarios y tratando de conseguir nuevos prosélitos.

Cuando se le preguntaba al exgobernador si preparaba un movimiento que sirviera de plataforma a los militares, lo negaba:

Eso no es verdad, es simplemente la imagen que me han creado a partir de mi oposición a retrotraer los planteos políticos a esquemas perimidos, negándome a levantar banderas de una democracia simulada como la que vivimos hasta el 28 de junio de 1966. Otra cosa que nunca hice fue a alabar este simulacro de Revolución que es la Revolución Argentina.¹⁵

En cambio, subrayaba su disposición dialoguista: “Yo hablo con todo el mundo. Con la gente de la democracia cristiana, con los socialistas de izquierda, con los radicales de Balbín, con los conservadores populares y con los nacionalistas”.¹⁶ Porque para Alende, la contradicción principal estaba por encima de las agrupaciones políticas: “En cada partido existen corrientes divergentes: la liberal y la nacional y popular, hasta ahora dispersas en cada uno de ellos por diversos motivos, entre ellos por la sobrevivencia de la antinomia peronismo-antiperonismo”.¹⁷ En el momento de explicitar sus propuestas era impreciso:

Queremos que el pueblo le arrebate a los monopolios el poder de decisión. En otras palabras: que la Argentina complete su independencia, algo que comenzó en 1816 y

• • • • •

¹⁵ *Análisis*, 27/X/70, p. 11.

¹⁶ *Panorama*, 3/XI/70, p. 10.

¹⁷ *Análisis*, 27/X/70, p. 11.

La izquierdización de los moderados...

que todavía no pudo perfeccionarse [...] Nos guía el acta de la Declaración de Tucumán: ser libres no sólo de España sino de todo otro poder extranjero.¹⁸

En los planes de Alende se promovía que, la formación de una agrupación suprapartidaria de los elementos *nacionales*, era necesaria pero no suficiente:

El Ejército deberá aceptar que si no hay acuerdo cívico-militar no hay posibilidades de concretar la Revolución Nacional. Eso es lo que yo defiendo, una instancia de conciliación entre pueblo y Fuerzas Armadas, no la supervivencia de la Revolución Argentina [de ese acuerdo, nacería] el partido de la Revolución.¹⁹

El alendismo no estaba solo en sus intenciones de transformarse en el brazo político del gobierno. Una parte de la Democracia Cristiana (DC) coincidía con los intransigentes. Las corrientes internas de la DC eran la Democracia Cristiana Argentina encabezada por Horacio Sueldo y el Movimiento Demócrata Cristiano, dirigido por Salvador Busacca, Augusto Conte Mac Donell y Jorge Gualco. Este último sector miraba al gobierno con expectativas y tenía un representante en sus filas: el economista Javier Villanueva, a cargo de la Secretaría del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE). Gualco (quien afirmaba que, puesto a elegir entre un gobierno a la brasileña o una revolución a la peruana, preferiría esta última) propone la profundización de la Revolución argentina mediante la constitución de un Movimiento Nacional que la apoye. Con este fin, subraya la posibilidad de aliarse con Alende, con quien tenían frecuentes contactos. Conte aclara, por su parte, que la integración de este Movimiento “es ajena a la formación de nuevos partidos. Es una coincidencia en sentido amplio, en la que debe participar de manera significativa el peronismo”.²⁰

Por su parte, la corriente liderada por Horacio Sueldo proponía realizar un plebiscito entre tres opciones: *continuismo*, *restauración* o *revolución*. El triunfo de la restauración significaría la vuelta a la vigencia de los partidos y, el del continuismo, daría el derecho al gobierno a sostenerse hasta 1977. Lo que pre-

• • • • •

18 *Panorama*, 3/XI/70, p. 10.

19 *Análisis*, 27/X/70, p. 12.

20 *Análisis*, 1/XII/70, p. 22.

fería Sueldo era el triunfo de la opción revolucionaria, que implicaría la formación de un gobierno de coalición que duraría seis años y debería cumplir un programa de transformaciones profundas, vagamente expresadas:

[...] rescatar para el país la propiedad y la conducción de todos los aspectos básicos de su economía; distribuir no solo los resultados sino también los poderes económico-socio-culturales y políticos para cimentar una profunda democratización de la vida pública y de las oportunidades para todos; establecer una justicia efectiva y sanear el país hasta su médula.²¹

El plebiscito debía realizarse el 1º de febrero de 1971. Para estos grupos, los planes del gobierno se presentaban con posibilidades de éxito y se disponían a sostenerlo. La propuesta oficial tendría, además de las emisoras de radio y televisión estatales, el apoyo de un nuevo periódico que se preparaba para apuntalar el proyecto. Por esos días, se estaban ultimando detalles para el lanzamiento de *La Opinión*, el diario que se transformó en el acontecimiento editorial de la época. Los testimonios indican que su director, Jacobo Timerman, coincidía con la idea de profundización de la Revolución en la línea del presidente y que se preparaba para impulsarla desde las páginas de la nueva publicación. Horacio Verbitzky, uno de los periodistas que participó de su fundación, dice:

Yo creo que Timerman tenía alguna clase de acuerdo con Levingston. La idea era la vieja idea desarrollista. Eso que le había salido mal con Onganía, hacerlo de nuevo con Levingston, pero con los nacionalistas y no con los liberales. A él lo agarra a contrapié el hecho de que al salir el diario cambia el contexto político y el presidente es Lanusse y el proyecto es otro.²²

• • • • •

²¹ *Análisis*, 8/XII/70, p. 10.

²² *Cfr.*, Fernando J. Ruiz, *Las palabras son acciones*, Buenos Aires, Perfil, 2001, p. 30. Sin embargo, en la biografía de Jacobo Timerman, Graciela Mochkofsky pone implícitamente en duda esa afirmación cuando dice: "Timerman había intentado que el gobierno de Levingston financiara la empresa y le había hecho llegar el mensaje por intermedio de Mariano Montemayor y del coronel Luis Perlinger, que era secretario de Difusión de la Presidencia. Pero Perlinger volvió con una respuesta negativa: Levingston no veía el sentido de poseer un diario oficialista". Graciela Mochkofsky, *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Buenos Aires, Debolsillo, 2004, p. 156.

PERUANISTAS Y PERUANISMOS

Acorde también al giro profundizador, existían múltiples expresiones exaltando al peruanismo y en reclamo de concretar un pacto entre civiles y militares, lo que resultaba especialmente atractivo en la época. Como dice Liliana De Riz: “El impacto de la Revolución peruana de 1969, había reanimado las tendencias nunca desaparecidas por completo de un nacionalismo de izquierda entre los jóvenes oficiales y en la generación intermedia”.²³ Sin embargo, ese atractivo es más amplio e indefinido. Por ejemplo, el 29 de octubre el general (RE) Eduardo Labanca²⁴ proponía al proceso peruano como modelo para encontrar la solución a los problemas nacionales, ante un auditorio que incluía a Héctor Sandler (UDELPA), Benito Llambí (PJ), el general Eduardo Uriburu y Leopoldo Bravo (líder del bloquismo sanjuanino).²⁵ Alrededor de un mes antes, el teniente 1º (R) Julián Licastro hablaba en el sindicato de los telefonistas ante un auditorio que incluía a los intelectuales peronistas José María Rosa y Juan José Hernández Arregui. Allí dijo que:

Nuestro pecado fue creer que pertenecíamos al Ejército de San Martín, Rosas y Perón y no al de Mitre, Roca y Justo [...] No tenemos la llave de los arsenales [remató] pero tenemos nuestra bandera que ponemos tras la bandera de guerra de las masas argentinas.²⁶

A la comida con la que Manuel de Anchorena se proponía festejar el combate de la Vuelta de Obligado —el hito antiimperialista por antonomasia para los nacionalistas argentinos— estaba previsto que asistieran Oscar Alende, Raúl

• • • • •

23 Liliana De Riz, *La política en suspenso. 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000, pp. 90–91.

24 El general Labanca sostenía una posición contraria a un retorno a las formas democráticas y promovía un movimiento revolucionario similar al de Perú. En julio de 1969, cuando todavía era presidente el general Onganía —con quien actuaba en acuerdo—, conspiró para desplazar al general Lanusse como Comandante en Jefe del Ejército. Descubierta la maniobra, Labanca —que por entonces era el comandante de la poderosa X Brigada de Palermo— fue retirado. En mayo de 1971 encabezó un intento de derrocar a Lanusse cuando éste ya había asumido la Presidencia de la Nación, pero la conjura fue descubierta antes de su estallido.

25 Cfr., *Análisis*, 3/XI/70, p. 10.

26 *Análisis*, 13/X/70, p. 11.

Matera y Rodolfo Ortega Peña, estos dos últimos de la derecha y la izquierda peronista respectivamente.²⁷ Pero la mayor amplitud del espectro *nacional* puede verse en torno a la aparición del número uno de *Orden del Sol, Revista Continental de Política y Economía*, entusiasta de las experiencias boliviana, chilena y peruana. Dirigida por un intelectual peronista, Norberto Ceresole, convoca en su comité de redacción a Miguel Gazzera (ideólogo del ala izquierda de las 62 Organizaciones peronistas); Carlos Mastrorilli (nacionalista de izquierda, profesor de sociología militar en la Universidad de Buenos Aires); Osvaldo Dighero (empresario minero vinculado a la ortodoxia peronista); Néstor Vicente (líder de los Equipos Nacionales para el Cambio); Eduardo Astesano (historiador peronista de izquierda); Pablo Bergel (de los Equipos Argentina 70); Rodolfo Galimberti (líder del grupo juvenil peronista JAEN)²⁸ y Alberto Andrade (democristiano no sueldista). La primera entrega de 7000 ejemplares incluía una nota del derechista general Labanca.

El desconcertante escenario de finales de 1970 puede percibirse en esta valorización del peruanismo que congrega a buena parte de los militares y de los civiles. Un modelo político de múltiples usos e interpretaciones que podía servir para reverdecer los laureles de la confluencia con el Ejército (como querían sectores del justicialismo y lo proclamaba Licastro) para deshacerse de Perón (como lo buscaba Levingston a través de Alende) o para lograr un desplazamiento político hacia la izquierda (como lo planteará el Encuentro Nacional de los Argentinos).

PERONISTAS Y RADICALES

Sin embargo, la perspectiva de centrarse en el problema económico para solucionar los problemas argentinos no era compartida por todos. En la salida política imaginada por Lanusse, el peronismo debería participar en las elecciones si aceptaba que el fin de la proscripción estuviera protagonizado por los sectores moderados del justicialismo, sin que intervinieran sus agrupaciones armadas ni el mismo Perón. En este proyecto, el Comandante del Ejército supo-

• • • • •

²⁷ *Análisis*, 17/XI/70.

²⁸ Juventud Argentina para la Emancipación Nacional.

nía que el radicalismo podía triunfar, tal como lo pronosticaban algunos sondeos realizados en 1970. De todas formas, la situación era complicada para aquellos que quisieran ser parte del plan porque la heterogeneidad interna de los dos grandes partidos y, lo fluido de la situación política, haría imprevisible el curso de las acciones para la estrategia lanussista.

En febrero de 1971, Ricardo Balbín expresó sin ambages la posición favorable para llamar a elecciones, cuando afirmó que ninguna reforma económica importante podía llevarse adelante si no era impulsada por un gobierno respaldado por una mayoría popular. “El sufragio adquiere así categoría revolucionaria”,²⁹ remataba.

Jorge Daniel Paladino, el delegado personal de Perón, declaró meses antes:

Quienes mandan tienen que entender que el problema del país es político. En la medida en que no se den cuenta, seguiremos avanzando hacia la guerra civil, con la diferencia de que mientras grandes sectores trabajan por la pacificación, el gobierno se empeña en mantener el enfrentamiento.³⁰

Por otro lado, aseguró que “los enemigos de 1958 no son los mismos de 1970”, y —por si quedaban dudas— agregó: “El radicalismo del pueblo es una de las fuerzas más importantes del país”. Además, el peronismo no se proponía afectar a los militares: “Queremos evitar el deterioro de las Fuerzas Armadas [...] porque cuando se unen con el pueblo, la Nación avanza”,³¹ decía Paladino.

La opinión de Ricardo Balbín era coincidente. Por una parte, por el enfoque de cuál era la salida para los dilemas argentinos:

Nos acusan de padecer simples apetitos electoralistas, cuando lo que exigimos es una etapa previa que permita reordenar las entidades políticas partidarias y así encarar la única salida que tiene el país, las elecciones.³²

• • • • •

²⁹ *Análisis*, 23/II/71, p. 9.

³⁰ *Análisis*, 20/X/70, p. 12.

³¹ *Análisis*, 13/X/70, p. 13.

³² *Análisis*, 13/X/70, p. 14.

Por otra, por la manera de encarar esa solución: “Estamos opuestos a la política del acuerdo, al pactismo, pero no a un encuentro de los distintos partidos políticos para echar las bases de la conciliación nacional”.³³

Si bien el diagnóstico del problema principal era diferente al de Alende y los de la Democracia Cristiana, una coincidencia central se mantiene: la necesidad de superar antagonismos, lo que es especialmente significativo, ya que, peronistas y radicales eran los principales protagonistas de ese antiguo enfrentamiento.

El acercamiento al peronismo y el nuevo clima de ideas que alcanza la renovación propuesta por los sectores juveniles, producen en esos días los primeros choques internos con los sectores tradicionales del radicalismo. Arturo Mathov, del distrito capitalino, lanzó duras acusaciones especialmente contra Néstor Cáceres (estudiante santafecino, secretario general del Comité de la Juventud) y contra el joven dirigente Leopoldo Moreau: “Cáceres es procomunista y Moreau, que colabora con él, es properonista. Todos ellos no representan a la juventud”. También se refiere a los militantes adultos:

En la última reunión plenaria del Comité Nacional me opuse a un proyecto del cordobés Becerra, que so color de radicalismo introducía el marxismo colectivista, y también a otro de Alfonsín. De ahí que varios muchachos anden en su línea, como también la revista *Inédito*, con sus planteos filo castristas.³⁴

La peligrosa decisión del presidente Levingston de persistir en la disolución de los partidos, que había sido decretada por Onganía, y su empeño en formar una agrupación oficialista, es comentada por los analistas políticos. Osiris Troiani decía:

La decisión del Gobierno [...] es clara y valiente. Pero no necesariamente acertada. Echa a Paladino en brazos de Balbín; el temor a la dispersión afianza el personalismo, y la juventud responde con ímpetu creciente a la convocatoria para la violencia de derecha e izquierda. En cuatro o cinco años, nadie puede saber en qué devendrá el que fue en 1945 partido de la esperanza; acaso, el de la desesperación.³⁵

• • • • •

³³ *Ibid.*

³⁴ *Análisis*, 27/X/70, p. 12.

³⁵ Osiris Troiani, “Perón en el Delta”, en *Primera Plana*, 20/X/70, p. 19.

LA HORA DEL PUEBLO

Las ideas de Levingston acerca de continuar con la Revolución argentina y la necesidad de que esa nueva etapa estuviera protagonizada por nuevas agrupaciones políticas, impulsó que peronistas y radicales confluyeran en un frente antidictatorial. De esta manera, el enfrentamiento peronismo-antiperonismo que había caracterizado los últimos quince años de la vida política argentina comienza a ser superado.

A mediados de noviembre, se concretó un paso decisivo en ese nuevo escenario político. El 11 de ese mes, La Hora del Pueblo queda formalmente constituida con la participación de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), el Movimiento Justicialista, el Socialismo Argentino, el Partido Bloquista, el Conservador Popular y el Demócrata Progresista.³⁶ En el punto cuatro del documento fundacional, los aliados declaraban:

No hay mejor forma de expresión y decisión política que la manifestada a través de sus órganos naturales y específicos: los partidos políticos [...] La futura organización democrática de los sectores y movimientos debe encuadrarse en normas orgánicas, asegurando el poder de decisión de los ciudadanos que voluntariamente se integren en ellos. Para alcanzar ese objetivo es necesario una ley o estatuto que debe ser estudiado, armonizado y realizado consultando la opinión pública nacional. Debe formularse de inmediato y señalarse fecha cierta de elecciones generales en todo el país, para que el pueblo elija a sus gobernantes en un plazo mínimo, previsto razonablemente para apurar las etapas físicas previas al veredicto popular.³⁷

El frente, encabezado por radicales y peronistas, tuvo consecuencias trascendentes. Como dice Samuel Amaral:

La Hora del Pueblo [...] representó la aceptación definitiva y pública tanto del peronismo y de Perón por los partidos democráticos cuanto la no menos pública y

• • • • •

³⁶ Quienes suscribieron formalmente el documento fueron Gregorio Selser, Juan Carlos Rubinstein y Elena Gil (socialistas); Roberto Ares, Luis Oscar Ratti y Juanita Larrauri (peronistas), Ricardo Molinas (demócrata progresista), Fermín Garay, Aldo Tesio y Luis León (radicales del pueblo); Vicente Solano Lima (conservador popular); Leopoldo Bravo (Partido Bloquista) y Eduardo Rawson Paz (independiente aramburista), además de Balbín Paladino.

³⁷ *Panorama*, 17/XI/70, p. 11.

definitiva aceptación de los principios democráticos de esos partidos por quien antes los había despreciado.³⁸

De hecho, el plan coincidía con las propuestas que el Comandante del Ejército sostenía ante Levingston. Dos días antes de la declaración de La Hora del Pueblo, Lanusse se había reunido con Balbín a instancias de José Luis Cantilo (primo del Comandante del Ejército, exministro de Defensa e influyente afiliado radical) y no quedan dudas de que los dirigentes peronistas y radicales llegaron a algún acuerdo con el Comandante del Ejército.³⁹ La prensa de la época avala esta suposición con sobreentendidos.⁴⁰

Las declaraciones de los firmantes estuvieron entre la moderación y la vehemencia. Entre ellos, Rawson Paz dijo: “Los amigos del General Aramburu prometimos en su sepelio levantar en alto sus banderas de pacificación. Este acto es el mejor homenaje que le rendimos”.

La opinión de los dos socios principales estaba condicionada por cómo sería tomado el acuerdo al interior de sus propias fuerzas. Paladino, acosado por los sectores de la izquierda, intentó congraciarse con ellos:

Como argentino y como representante del Movimiento Nacional Justicialista denunció a los intereses antinacionales que nos entretuvieron en la lucha interna [...] Al enemigo que es para nosotros el imperialismo yanqui, como para otros lo es el

• • • • •

38 Samuel Amaral, “Del exilio al poder. La legitimidad recobrada”, en Samuel Amaral y Mariano Ben Plotkin, *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993, p. 301.

39 Guillermo A. O'Donnell, 1966-1973, *El Estado burocrático autoritario: triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, p. 325. Potash consigna detalladamente los contactos entre radicales y militares pero no está seguro de que Lanusse estuviera completamente de acuerdo con los términos de la declaración. También véase Robert Potash, *El Ejército y la política en la Argentina. 1962-1973. Segunda parte, 1966-1973*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, pp. 199-201.

40 Un ejemplo lo brinda *Panorama*. En su crónica sobre la firma del acuerdo, la revista narra que el 10 de noviembre por la noche los políticos habían acordado todos los puntos del documento, cuando llegó el general Labayrú: “¿Cómo van las cosas?”, preguntó el mentor intelectual del coloradismo castrense. ‘Quédese tranquilo que esta tarde firman todos’ contestó Rawson Paz. Labayrú se tranquilizó, comió con moderación mientras confesaba su optimismo acerca del futuro argentino, y ya en el café, sin comprometer opiniones políticas, recordó con cariño a un militar que años atrás había sido su subordinado, Alejandro Agustín Lanusse”, *Panorama*, 17/XI/70, p. 10.

imperialismo soviético [...] Si no nos escuchan no vamos a quedarnos cruzados de brazos. ⁴¹

Balbín, por su parte, fue parco: “La nación está cansada que el gobierno no acierte y que por eso puedan llegar a producirse hechos dramáticos. Nosotros con este acuerdo estamos en condiciones de pacificar el país”.⁴²

La moderación de Balbín tenía que ver con las consecuencias que el acuerdo tendría en la interna de su partido y en el cuestionamiento a su prolongado liderazgo de la UCRP en que resultaría la disputa. La voz cantante de las críticas la llevó Silvano Santander, un anciano exdiputado durante el gobierno de Perón (cuando tuvo que terminar exiliándose) y exembajador en México durante la administración de Illia. Santander entendía que el radicalismo no era más que el furgón de cola en este pacto y decía: “No se puede concebir que tengamos coincidencias con Perón ni con sus seguidores, ya que todos son una misma cosa. Representan casi la ruina de la Nación junto con el avasallamiento de toda ética y moral política”.⁴³ Un puñado de afiliados avalaba esta crítica, pero la vehemencia aisló a Santander de los sectores del partido que coincidían con sus objeciones, mas no al costo de una guerra interna.

Balbín, por su parte, tranquiliza los ánimos: “La intención está muy lejos de aspirar a la constitución de un frente o acuerdo electoral. Es el antifrente, pues todos mantienen sus individualidades partidarias”. Para él, La Hora del Pueblo era simplemente “el abuenamiento de viejos adversarios políticos para beneficio de las instituciones y la tranquilidad de todo”.⁴⁴ Raúl Alfonsín, quien era considerado por ese entonces como su delfín, hace una caracterización más combativa y acorde al clima de ideas de la época en la revista *Inédito*. Allí, luego de fustigar a la prensa de derecha que quería transformar La Hora del Pueblo en un pacto espurio, afirma que lo importante era conseguir “la unidad del pueblo en procura de objetivos de liberación, que es de lo que se trata en el

• • • • •

⁴¹ *Panorama*, 17/XI/70, p. 12.

⁴² *Ibid.*

⁴³ *Análisis*, 8/XII/70, p. 14.

⁴⁴ *Ibid.*

documento: democracia y emancipación. Reclamo de institucionalización del país y compromiso de trabajar para su liberación”.⁴⁵ *Panorama* realizó una rápida consulta a algunos políticos que no participaron en La Hora del Pueblo. El nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo, el radical heterodoxo Alberto Assef y Álvaro Alsogaray evaluaron el pacto en forma positiva. Entre quienes lo consideraron intrascendente, están el conservador Pablo González Bergez y Oscar Alende. Este último es quien hizo el comentario más colorido: “La alianza consumada el miércoles [dice] es un ejemplo de la *política del colectivo*: los que lo toman lo hacen para llegar lo más pronto posible a lugares distintos”.⁴⁶

Los sectores ortodoxos de los simpatizantes de la Revolución libertadora que respondían al liderazgo del almirante Rojas, se escandalizan con el acuerdo y emiten un documento. Allí diagnosticaban que la crisis era consecuencia del “auge de las fuerzas disociadoras” que tenía su centro en “Moscú, Pekín o la Puerta de Hierro”.⁴⁷ Buscando que sus opiniones tuvieran mayor peso, intentaron acercamientos con otros grupos políticos (especialmente los descontentos de la UCRP liderados por Santander), con poco éxito. Sin embargo, entre las 1500 firmas que figuraban al pie del documento, aparecían algunos nombres notorios, como el popular humorista Aldo Cammarota y el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Ricardo Caillet Bois.

EL ENCUENTRO NACIONAL DE LOS ARGENTINOS

La Hora del Pueblo no fue la única multipartidaria. También en noviembre se formalizó en Rosario el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA). La iniciativa había sido notoriamente promovida por el Partido Comunista y en el semanario *Nuestra Palabra* se había afirmado que: “De su éxito depende que se dé una alternativa de poder democrático, popular, nacional. Es hora de terminar

• • • • •

45 Alfonso Carrido Lura (Raúl Alfonsín), “Dos respuestas”, en *Inédito. Una batalla contra la dictadura*, Buenos Aires, Legasa, 1986, pp. 233-235.

46 *Panorama*, 17/XI/70, p. 11.

47 *Cfr.*, *Análisis*, 22/XII/70, p. 15.

con las viejas opciones y con los golpes y contragolpes de Estado”.⁴⁸ En este acuerdo predominaban militantes de izquierda que no aceptaban la vía armada para tomar el poder y sectores sindicales independientes (de la misma orientación ideológica) que buscaban inspiración en la vía democrática chilena al socialismo.

En la comisión organizadora se mezclaban peronistas (Raúl Bustos Fierro, Enrique Carballeda y Jesús Porto); radicales (Roberto Cabiche, Conrado Storani, Aldo Tessio) y comunistas (Héctor Agosti, Rubens Íscaro y Moisés Cheriñavsky). También la integraban algunos independientes como Samuel Yasky (antiguo colaborador de Lisandro de la Torre), Risieri Frondizi (rector de la UBA entre 1957 y 1962) y Francisco Cholvis (rector de esa misma universidad durante el peronismo). Algunas de las características que tuvo el nuevo acuerdo fueron definidas por Porto, para quien la reunión por realizarse en Rosario sería “un episodio similar al ocurrido en Chile con la Unidad Popular, esto es la unión de partidos y tendencias populares”, aunque aclaraba que “no se crea un nuevo partido sino una alternativa de poder real, electoral o no, que pueda decidir una convocatoria para reformar la Constitución”. Porto también señalaba una diferencia importante con La Hora del Pueblo: “No hemos pedido por otra parte adhesiones a los partidos, sino que han existido adhesiones personales”. También subrayaba que no coincidían en los métodos, ya que no descartaba que se produjera una salida militar a la peruana: “Lo fundamental —decía— es el pueblo en el poder. No importa la vía”.⁴⁹ En realidad, las principales figuras que integraban el ENA no se pronunciaban en contra de los uniformados. Consultado sobre si era antimilitarista, el anciano dirigente comunista Rodolfo Ghioldi contestó:

Usted parece confundirme con un dirigente pequeño burgués, de esos que se ponen colorados gritando que los militares vuelvan a los cuarteles. Recuerde que el Ejército Rojo se formó con 100 mil oficiales zaristas y advierta el potencial que hoy muestra al mundo. Por otra parte, los militares argentinos tienen a quienes imitar: Ricchieri, Mosconi y Carlos Jorge Rosas.⁵⁰

• • • • •

48 *Análisis*, 10/XI/70, p. 19.

49 *Análisis*, 17/XI/70, p. 18.

50 *Panorama*, 1/XII/70, p. 15

Esta posición, y la contrapartida de una evidente prescindencia del gobierno en la preparación del cónclave de Rosario, a pesar de la prohibición legal que recaía sobre el Partido Comunista, permite inferir que se trataba de “un acto inteligente de la conducción política, destinado a vertebrar un flanco ideológico que podría ser ocupado por fracciones extremistas”.⁵¹ La complacencia del gobierno tuvo por objeto fortalecer a este conglomerado destinado a competir con La Hora del Pueblo y que resultaba más afin —de forma paradójica— con las ideas de Levingston.

La reunión fue ampliamente promovida en todo el país y se concretó el 21 de noviembre, cuando concurrieron al *camping* del Centro de Almaceneros entre seis y siete mil personas. La convocatoria no tuvo carácter público, sino que se trató de una asamblea deliberativa donde sólo participaron las delegaciones que previamente habían comprometido su asistencia. La lista de oradores llegó a soportar 200 nombres. Entre ellos, el exdiputado y dirigente del Partido Socialista Argentino Juan Carlos Coral; el jurista y exdiputado demoprogresista Ricardo Molinas; los radicales Olegario Becerra (exdiputado nacional), Aldo Tessio (exgobernador de Santa Fe con Illia), Roberto Cabiche (exdirector de Abastecimiento), Conrado Storani (exsecretario de Energía durante el mismo periodo) y Lázaro Barbieri (exgobernador de Tucumán); el intelectual peronista Francisco Cholvis; sindicalistas combativos, como Agustín Tosco (quien lanzara como Secretario General del gremio de Luz y Fuerza de Córdoba la huelga que terminó en el “Cordobazo”) y Antonio Alac (exdirigente del Chocón); sacerdotes como Juan Amiratti, y gran cantidad de estudiantes y amas de casa. Pero el tono del encuentro estuvo, como dice *Panorama*, más en los estribillos que se coreaban que en los discursos:

“El pueblo unido/jamás será vencido”; “Unidad, unidad”; “Chile es el camino/del pueblo argentino”, acompañó las palabras de Alberto Duarte, delegado de la Confederación Única de Trabajadores trasandina; los universitarios especialmente cantaban “Reforma, laicismo/antiimperialismo” y “Autonomía, autonomía”.⁵²

• • • • •

51 Fernando Morduchowicz, “No perder el tiempo”, en “Editorial”, *Análisis*, 1/XII/70, p. 7.

52 *Panorama*, 1/XII/70, p. 14.

El 15 de diciembre el ENA dio a conocer la Junta Ejecutiva de su Congreso Nacional, la cual se integró por: Porto, Bustos Fierro, Agosti, Molinas, Tessio y Risieri Frondizi. Roberto Cabiche ejerció como secretario general.

¿Cuál era la diferencia entre La Hora del Pueblo y el ENA? ésta era una pregunta que no estuvo ausente del acto de noviembre en Rosario y que no resultaba fácil de responder, aun para quienes participaban de los dos cónclaves como el radical Aldo Tessio. “No son excluyentes; —decía Tessio— uno se limita al periodo de elecciones, éste [el ENA] en cambio va más allá, hacia la transformación del país”. El Partido Comunista parecía creer que el ENA se serviría de La Hora del Pueblo porque las alas izquierdas del radicalismo y del peronismo en poco tiempo se desengañarían del pacto de los dirigentes de los partidos y se volcarían al *Encuentro*. En otras palabras, se enfrentarían al acuerdo *por arriba* y se traspasarían al ENA *por abajo*.⁵³

EL PERUANISMO DE FRONDIZI

Arturo Frondizi era una figura que, pese al escaso caudal de potenciales votantes, mantenía su prestigio. Para el expresidente, ambas multipartidarias no tenían, en sí mismas, mucho sentido. En su opinión, La Hora del Pueblo no significaba más que “un acuerdo de dirigentes que ignora las bases”, mientras que el ENA era “un planteo clasista que, por sus propias características, resulta contradictorio con las políticas reales de la Argentina en 1971”.⁵⁴ A ambas, les faltaba atender (más allá de las declaraciones) las reformas económicas. Frondizi insistía en un Movimiento Nacional y Popular que incluía a los militares, ya que “las Fuerzas Armadas han contraído una deuda con el país, hacer la revolución. Si no comprenden esto, la revolución no dejará de hacerse, pero entonces será por la vía violenta”.⁵⁵ Pocos días antes de hacer estas manifestaciones, el expresidente había visitado Perú y, el proceso que lideraba Velasco Alvarado le había resultado ejemplar. Al regresar, declara que “la revolución peruana sirve para demostrar que el camino de la liberación de los países subdesarrollados debe

• • • • •

⁵³ *Análisis*, 22/XII/70, p. 16.

⁵⁴ *Panorama*, 13/IV/71, p. 11.

⁵⁵ *Confirmado*, 7/IV/71, p. 20.

buscarse en los lineamientos de neto corte nacional y en la cohesión de las fuerzas armadas en torno de un profundo fervor nacional”. Para Frondizi, el concepto de revolución no implicaba necesariamente la violencia:

La revolución violenta responde a una afirmación de neto carácter ideológico pero la experiencia de Perú demuestra cómo el camino pacífico es posible siempre que se produzca una sólida unión de sentido nacional en las fuerzas armadas.

En su valoración del régimen peruano forzaba coincidencias con lo que habían sido líneas fundamentales de su propio gobierno:

Perú tiene problemas más graves que nosotros pero de cualquier manera sigue firme en su proceso; en nuestro país había una ley que nacionalizó el petróleo y autorizó la firma de contratos. Perú —a través de una política petrolera propia— va ahora en busca de ese mismo autoabastecimiento: se explota y se explora a través del Estado y de empresas privadas, pero la destilación y la venta depende solamente del Estado.

Los resultados de esta política eran de notable interés para el caso argentino: “Perú, que fue uno de los primeros escenarios guerrilleros de América, no tiene hoy guerrillas; el gobierno amnistió a los líderes presos de los movimientos armados y éstos no retoman las armas porque creen que en su país se está haciendo la revolución”.⁵⁶

Frondizi comprendió, a finales de 1970, el fracaso de Levingston y ese fue el motivo de la estrepitosa renuncia del general Juan Enrique Guglielmelli⁵⁷ a su posición en el gobierno, que no sería otra cosa que el obligado retiro que impone Frondizi a uno de sus hombres más lúcidos para buscar formas más eficaces de lograr posiciones de poder en el futuro inmediato. En ese mismo momento,

• • • • •

⁵⁶ *Análisis*, 16/III/71, p. 17.

⁵⁷ Guglielmelli, el *general desarrollista*, fue secretario del CONADE en el primer tramo de la presidencia de Levingston y renuncia espectacularmente con declaraciones contrarias a la política económica de Aldo Ferrer a principios de noviembre de 1970. La prensa de la época atribuye esta actitud a que Lanusse se había opuesto a que se lo nombrara Ministro del Interior o a que Frondizi había decidido retirar a su gente del gabinete, convencido del fracaso de Levingston. Es reemplazado por el democristiano Javier Villanueva.

comenzaron las maniobras del expresidente para lograr un acercamiento a Perón, en quien veía el eje de la inminente salida electoral.

LAS PROPUESTAS DE POLÍTICA ECONÓMICA DE LAS MULTIPARTIDARIAS

En las ideas económicas de La Hora del Pueblo puede observarse fácilmente el espíritu de la época. El programa redactado por los peronistas Antonio Cafiero y Alfredo Gómez Morales; los radicales Antonio Troccoli, Juan Carlos Pugliese, Félix Elizalde y Roque Carranza (y que algunos observadores consideraron en su momento influido también por el pensamiento desarrollista ortodoxo del general Guglielmelli), estaba dividido en tres partes: metas básicas, objetivos complementarios y problemas sectoriales.

Las metas básicas adherían, a la tesis de una economía planificada desde el Estado “tanto como regulador jurídico de la sociedad cuanto como agente inversor y promotor de la economía a fin de modificar la estructura (industrial y comercial), promover un desarrollo regional (equilibrado) y lograr autoabastecimientos estratégicos”. La justificación de este avance era: “recuperar la autonomía de decisión, gravemente vulnerada los últimos años por el avance de empresas extranjeras en sectores fundamentales como el crédito”, aunque también se iba un poco más allá al pedir el monopolio absoluto del Estado en hidrocarburos y que no se permitiera el acceso a cargos públicos a aquellos que hubieran desempeñado cargos en empresas extranjeras.

Se proponía también “la limitación del uso del crédito y de toda forma de captación de ahorro nacional por empresas extranjeras [y] la limitación de actividades bancarias, financieras y aseguradoras” de ese origen, estableciendo además, “que las transferencias accionarias a titulares extranjeros en bancos, seguros y de otras actividades de interés nacional, que operadas a partir de julio de 1966, queden sujetas a apropiación”. La cuarta meta básica buscaba establecer “Pautas de crecimiento armónico [que] promuevan condiciones aptas para estructurar grandes regiones económicas y faciliten la descentralización”.⁵⁸

A pesar de la retórica, el plan de La Hora del Pueblo tenía muchos puntos de contacto con el Plan de Seguridad y Desarrollo 1971-1975 que había presenta-

• • • • •

⁵⁸ Cfr., *Confirmado*, 31/III/71, pp. 22-24.

do el ministro Aldo Ferrer, aunque era más ambicioso y estiraba la línea del horizonte de las propuestas oficiales.

Por su parte, a finales de 1970 el Encuentro Nacional de los Argentinos dio a conocer sus bases programáticas mínimas. En lo económico, se proponía la nacionalización de los sectores básicos de la economía (energía, transporte, combustible), la estatización de la banca y de las compañías de seguros y defender las compañías de capital nacional.⁵⁹ En suma, a la izquierda pero tampoco enfrentados con Ferrer.

Es llamativo cómo en la mayor parte de las fuerzas políticas se coincide con las nuevas tendencias que en la época presenta el desarrollismo y que Bustelo llama el “giro social hacia las necesidades básicas”.⁶⁰

La única oposición clara a estas ideas es la de Álvaro Alsogaray, cuando a principios de 1971 desde su incipiente partido, denominado por entonces Movimiento Nacionalista Liberal, se proponía organizar una moderna fuerza liberal que impulsara una “economía social de mercado” en la que no tuviera lugar la planificación y desde donde pretendía redefinir el concepto de *nacionalismo*. Al respecto, declaraba: “Hemos decidido disputarles el término a los falsos nacionalistas, que no son otra cosa que embozados socializantes a las órdenes de Moscú”.⁶¹

Mirado desde el ángulo de quienes estaban contra la clase política tradicional, el parentesco con los lineamientos económicos oficiales resultaba claro. El líder de la JAEN, Rodolfo Galimberti, dice por esos días que era necesaria la “consolidación de un programa socialista nacional que coloque en su justo lugar los intentos neoferrerianos de Gómez Morales y Cafiero”.⁶²

UN BALANCE PROVISORIO

Hacia el final de 1970, la controversia era muy fluida. Uno de los dilemas era qué aspectos debían solucionarse en forma prioritaria para salir del atolladero. Primero Onganía y, luego Levingston (con variantes en sus ideas), habían con-

• • • • •

⁵⁹ Cfr., *Análisis*, 22/XII/70, p. 16.

⁶⁰ Cfr., Pablo Bustelo, *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*, Madrid, Síntesis, 1998, en especial véase el capítulo 12.

⁶¹ *Confirmado*, 7/IV/71, p. 18.

⁶² Cfr., *Análisis*, 6/IV/71, p. 16.

ducido su acción de gobierno sosteniendo que el problema básico era el económico. Lanusse y Perón diferían en casi todo, pero concordaban en que el dilema central de Argentina era la cuestión política.

Esta diferencia en las percepciones acerca de cuál era el problema principal se encuentra también en las multipartidarias que se forman en el año 1970. Mientras La Hora del Pueblo enfatiza la solución electoral, el ENA propone el previo cambio de las estructuras. En la misma postura están el Partido Intransigente de Alende o la Democracia Cristiana, aunque no participen en el ENA.

Por otra parte, todos los políticos querían o decían querer una apertura, pero la mayoría no podía precisar qué reclamaba. Los pequeños partidos presentaban propuestas más o menos razonables, condicionados (entre otras cosas) por sus posibilidades de conseguir alguna porción de poder en las próximas elecciones que preveían dominadas por el peronismo y la UCRP; Paladino sabía que le convenían las elecciones, pero enfatizaba su reciente vocación antiimperialista; los radicales tradicionalmente valoraban al sufragio libre como una bandera inlaudicable, pero cuando defendía a La Hora del Pueblo, Raúl Alfonsín subrayaba que se buscaba a la vez las elecciones y la *liberación*. Además, muchos estaban contra el gobierno militar, pero no eran antimilitaristas. Alende afirma que sin la confluencia de los civiles con las Fuerzas Armadas no habría Revolución; Américo Ghioldi se ofende cuando se le confunde con “un político pequeño burgués enemigo de los militares”.

Además, un impreciso discurso de izquierda gana a sectores que antes estaban ubicados en posiciones más de centro. Néstor Vicente y Pablo Bergel habían concurrido al llamado del gobierno representando a sus respectivas *corrientes de opinión*. Pocos días después, Vicente postulaba:

[...] una revolución con contenido social, que modifique las estructuras de producción [y decía:] No hay que tenerle miedo a la violencia, pero solamente cuando tengamos un modelo alternativo de cambio y dentro del movimiento nacional, y las demás instancias cerradas será lícito aplicarla. [Bergel, mientras, propugnaba] un estado nacional-revolucionario, socialista y cristiano.⁶³

• • • • •

63 *Análisis*, 17/XI/70, p. 18.

Por su parte, en una reunión para explicar la propuesta de La Hora del Pueblo en Córdoba con políticos peronistas, demócratas progresistas y de su propio partido, el radical Carlos Becerra, resumía de una forma que resulta ejemplar, el sincretismo entre las nuevas ideas y las tradicionales:

Es necesario que todos los hombres y todas las corrientes políticas se comprometan a respetar las garantías individuales, recuperar el patrimonio nacional, dar la tierra a quien la trabaja, tender a una dirección económica por parte del Estado, a una lucha antiimperialista de liberación.⁶⁴

También resulta representativo el discurso de Miguel Gazzera (el combativo dirigente de las 62 Organizaciones) en el cierre de un encuentro de juventudes en el Gran Buenos Aires: “En este país no hay lugar para el centro, para la moderación [...] La revolución debe ser socialista, si no no es revolución. No me importan los calificativos que me apliquen por esto, lo que no quiero es ser de derecha”.⁶⁵

A pesar de esas expresiones, estos hombres podían considerarse moderados en la incipiente actividad política argentina. ¿Qué había ocurrido? El surgimiento de nuevos modelos políticos y de nuevos actores había desplazado la discusión: en 1970, ser moderado era ser de centro izquierda. Una buena descripción de este fenómeno proviene del alarmado liberalismo ultramontano a principios de 1971:

En esta nueva etapa política del país parecería que en múltiples sectores dirigentes se habría aceptado la tesis de que el mundo se mueve hacia la izquierda [...] Vamos a hacernos marxistas para evitar que vengan los marxistas o vamos a ganarle las banderas a la izquierda, son la consecuencia de la aparente aceptación de ese fenómeno como una realidad.⁶⁶

• • • • •

64 *Primera Plana*, 29/XII/70, p. 20.

65 *Análisis*, 17/XI/70, p. 18.

66 Armando P. Ribas, “A la izquierda o a la siniestra”, en *Confirmado*, 19/IV/71, p. 24.

Algo parecido decía el ultra nacionalista coronel Juan Francisco Guevara,⁶⁷ cuando afirmaba con ironía que: “Si Perón no regresa a la Argentina nuestro país será el próximo en allendizarse *democráticamente*”.⁶⁸

Por su parte, el 1º de mayo de 1971, el Partido Comunista decía: “Nuestra tarea principal es la de lograr que nuestro país marche al ritmo de los tiempos, junto a sus hermanos latinoamericanos de Cuba, de Chile, de Perú y de Bolivia”.⁶⁹

Se producía, entonces, un fenómeno particular: podía pensarse *en favor o en contra* de las experiencias chilena o peruana. Lo que no se podía era pensar *sin* ellas. Quien reflexionara políticamente, en especial, desde los sectores moderados, debía tenerlas en cuenta de la misma forma que los guerrilleros tenían presente a Cuba. Algo se había modificado en el punto de articulación entre lo real, lo simbólico y lo imaginario en las percepciones con las que la sociedad pretendía explicarse la realidad social. El eje se había desplazado a la izquierda y el imaginario político se había modificado lo suficiente como para que un discurso resultara atractivo para la opinión pública sólo si tenía connotaciones que, en un sentido amplio, podrían calificarse de izquierdistas.

En lo que se refiere a la política inmediata, podía considerarse probable, a fines del periodo considerado, que la conjunción de la cúpula del Ejército y La

• • • • •

67 Juan Francisco Guevara participó en la Revolución Libertadora y se le atribuyó una gran influencia en el grupo nacionalista que rodeó a Lonardi durante su gobierno. Posteriormente formó parte del grupo católico integrista encabezado por el presbítero francés Georges Grasset y tradujo la más importante obra de otro “teólogo de la reacción”, Jean Ousset. El libro de Ousset, titulado *El marxismo-leninismo*, apareció en Francia en 1960 y pocos meses después en Argentina, primera traducción mundial de la obra. Allí, Ousset declaraba el carácter diabólico de Marx, de Lenin y de cualquier planteamiento socialdemócrata o, aun, simplemente democrático. Guevara formó parte de la gestación del golpe de Estado contra Illia. Onganía lo nombra embajador en Colombia, y Levingston lo envía a Venezuela como nuevo destino diplomático. A mediados de 1970, publica *Argentina y su sombra*, una interpretación corporativista de la historia argentina, marcada también por su integrismo católico, que se convierte en un inesperado *best-seller*. En diciembre, el coronel se pronuncia en contra de la posibilidad de una salida política, de una vuelta a la Constitución de 1853 y de los puntos de vista de Lanusse, lo que fue ampliamente difundido por la prensa oficial. El general Lanusse considera en sus memorias que esa actuación de Guevara fue una operación de inteligencia en su contra.

68 *Primera Plana*, 1/XII/70, p. 19.

69 *Confirmado*, 12/VI/71, p. 14.

Hora del Pueblo iba a terminar empujando a una salida electoral basada en la restauración de los viejos partidos y no en la dirección de un régimen militar a lo Velasco Alvarado. Lanusse comprendió lo que no había entendido Levingston: el Estado Burocrático Autoritario (tal como lo llama O'Donnell) había muerto. Sin embargo, esa transformación entrañaba, para ese autor, dos consecuencias:

La primera, la reaparición de actores políticos portadores de características, medios y metas muy diferentes a los que monopolizaron la escena durante el Estado Burocrático Autoritario. Estos actores no son sólo los partidos políticos, aunque ellos pasen a ocupar el papel fundamental [...] Son también una gran variedad de organizaciones de la sociedad civil —entre otros, asociaciones barriales, organizaciones de la iglesia, asociaciones de profesionales, movimientos regionales y, en el caso que nos ocupa, también la guerrilla—. La segunda consecuencia se desprende de lo recién dicho. Esto es, un enorme ensanchamiento de la escena política que, sin dejar de abarcar el aparato estatal, se instala en numerosos ámbitos de la sociedad civil.⁷⁰

En este escenario, “profundizar la revolución” era un esfuerzo inútil. El propósito de Lanusse consiste en asumir la reaparición de lo político, aceptar (aunque con límites) la legalidad del peronismo; promover una puja electoral donde se le venciera y aislar la guerrilla, promoviendo el protagonismo de los sectores moderados que tendían a verse superados por los más exaltados. Cuando asumió la presidencia en 1971, Lanusse buscó, mediante una convocatoria a elecciones, restablecer la unidad de dos principios que se habían mantenido separados desde 1930: legalidad (que aportarían los partidos políticos) y gobernabilidad (asegurada por la tutela de las Fuerzas Armadas). Su plan para disminuir los decibeles de la protesta social consistía en *distender, descentralizar y aislar*.

En la segunda mitad de 1970, ese proyecto parecía viable.

El error de Aramburu, Frondizi, Guido, Illia y Onganía —un mismo error bajo distintas formas— no es haber gobernado contra el partido más numeroso, sino

• • • • •

⁷⁰ Guillermo A. O'Donnell, *op. cit.*, 1982, p. 328.

haber gobernado gracias a su proscripción y pactado con él, [decía Osiris Troiani en noviembre de 1970] La crisis [continuaba] no se superará sino cuando alguien —desde el Gobierno o en la oposición— sea capaz de vencer limpiamente al peronismo, sin negarle el acceso a las urnas. [Y concluía] Ese objetivo ya no parece inalcanzable.⁷¹

Para el éxito de una transición democrática, en los términos que pretendía Lanusse, era necesario que Perón aceptara las reglas del juego que se le proponían y que los radicales cumplieran con firmeza su papel de aliados. Los contactos entre Lanusse, o sus hombres de confianza, y Balbín, así como otros líderes de su partido, adquieren una significación mayor cuando, a mediados de enero de 1971, el comandante del Ejército se encuentra personalmente, por primera vez, con Arturo Mor Roig, un radical que presentaba una característica importante para Lanusse. Compartía con él —a diferencia de la mayoría de sus correligionarios— la necesidad de una reforma constitucional para asegurar una democracia estable.

Las propuestas de Mor Roig eran precisas: planteaba ciertas directivas para el Estatuto de los Partidos Políticos y proponía un plazo de tres meses para organizarlos. Además, tenía ideas concretas de la secuencia de las medidas siguientes: enmienda constitucional, fechas de elección uniformes, promulgación de la ley electoral. Esto debía estar acompañado por una activa política social y económica, la reforma de los sindicatos, el restablecimiento de la autonomía universitaria, suministro de fondos para todos los niveles educativos y, finalmente, la voluntad de las Fuerzas Armadas de identificarse con la sociedad civil. Pero, ¿era la opinión de Mor Roig la de todo el radicalismo?

A mediados de 1970, podían considerarse tres grupos distintos en la UCRP, diferenciados en su posición acerca de cómo relacionarse con los militares. El primero de ellos es el que *Confirmado* llama “los silenciosos”. Esta denominación provenía del supuesto pedido de que aunque no hicieran declaraciones favorables al gobierno surgido luego del desplazamiento de Onganía, lo apoyarían pasivamente no criticándolo. Se consideraba dentro de este grupo a José Luis Cantilo, a Julián Sancerni Giménez (caudillo de la capital, con amigos en el

• • • • •

⁷¹ Osiris Troiani, “La taba culera”, en *Primera Plana*, 17/XI/70.

Ejército) y al mismo Mor Roig (de quien se destacaba su paso por la Universidad Católica Argentina y su amistad con el politólogo católico Francisco Arias Pelerano).

En el otro extremo estaban *los dramáticos*, contrarios a cualquier acercamiento con los militares y partidarios de mantener actitudes heroicas en esa negativa. En esta tendencia estaban Raúl Alfonsín (Buenos Aires); todo el grupo Córdoba (Conrado Storani, Carlos Becerra), Arturo Illia, Germán López, Roque Carranza; y el grupo de la revista *Inédito*, que dirigía Mario Monteverde.

Finalmente, entre estos dos polos estaban *los intermedios*, cuyo representante perfecto era Ricardo Balbín. Una declaración del Comité Nacional ante el desplazamiento de Onganía permite leer entre líneas esta posición conciliadora: “Las Fuerzas Armadas, al reasumir el poder que ejercitaron para la quiebra del orden institucional, han puesto fin a una conducción autocrática, de inspiración totalitaria, con el propósito expresado de restablecer cuanto antes el libre juego de las instituciones republicanas”.⁷²

Estas distintas posiciones frente a los militares se reflejaron en un fuerte debate interno cuando Lanusse asumió la presidencia, fue entonces que llevó como ministro del Interior a Mor Roig y se lanzó el Gran Acuerdo Nacional. El dilema de los radicales acerca de cuál fue su papel ante una salida eleccionaria se movía entre aliarse al proyecto lanussista (única vía por la cual podían imponerse al peronismo, pero con el peligro de ser percibidos por la opinión pública como aliados de los militares, tal como había ocurrido en las elecciones de 1958) o mantener sus principios, ser previsiblemente derrotados por Perón y transformarse en el furgón de cola de La Hora del Pueblo. Su indecisión al respecto los hará recibir los perjuicios sumados de ambas alternativas y ninguno de sus posibles beneficios.

Pero, sobre todo, lo que decidió la puja fue que Perón no cumplió con el papel que Lanusse le tenía reservado. Su táctica consistió en operar con dos alas para cercar al gobierno militar con un movimiento de pinzas: con el ala oficial partidaria hostigarían a la Casa Rosada; con el ala insurreccional — Fuerzas Armadas Peronistas, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Montoneros— jaquearía a los políticos y gremialistas colaboracionistas con

• • • • •

⁷² *Confirmado*, 1/VI/70, p. 22.

La izquierdización de los moderados...

el régimen militar. Este despliegue contó con una cuña intermedia para conseguir el objetivo de mediano alcance: apuntalar La Hora del Pueblo hasta acelerar la salida electoral.

A finales de 1970, el panorama político era, visto desde hoy, particularmente confuso. Políticos enemigos del gobierno militar, pero que creían necesaria una confluencia entre civiles y militares, que querían las elecciones aunque las minimizaban porque las verdaderas transformaciones sociales no se hacían con las urnas; antiimperialismo, socialismo, liberación y toda una serie de conceptos difusos poblaban el renacido discurso político a finales de 1970. Sólo Lanusse, Perón y la guerrilla, tenían claro de alguna manera, lo que se proponían. Ellos serán los protagonistas de los apasionantes días que desembocan en las elecciones de 1973.

D.R. © Gonzalo de Amézola, México D. F., julio-diciembre, 2005.